

de sesenta cañones, se encuentra, en fin, con los diez y ocho mil hombres que la defienden, y bátese allí valerosa cuerpo á cuerpo, hombre á hombre.

El duque de Chartres es uno de los primeros que ascienden á la altiva planicie, bátese allí con valor, forma un hueco para sí y para los que le rodean, y les dirige, para mantenerlos en sus difíciles puestos, una de esas frases entusiastas que revisten de una fuerte coraza el corazón más débil.

—Muchachos, esclama, desde este momento os llamo el batallón de Jemmapes.

En seguida envía al duque de Montpensier, su hermano, á anunciar á Dumouriez que acaba de destrozar á Clairfaict y á sus 12,000 hombres.

Esto aun no lo había hecho; pero una vez anunciado, necesitaba absolutamente lograrlo.

Thouvenot, vencedor, llegó en ese instante por Jemmapes y Dampierre por Cuesmes: las tres líneas de fortificación estaban tomadas, los fuegos apagados y disperso el enemigo.

El triunfo era completo.

Tendióse nuestro ejército en el mismo campo de batalla, y comió los víveres que habían dejado los imperiales; pero las sobras de un enemigo vencido no humillan á nadie, sobre todo cuando no se ha comido en veinticuatro horas.

Si d'Harville hubiese cortado el paso al general Clairfaict en el camino de Bruselas, el ejército austriaco concluye completamente; pero d'Harville llegó muy tarde, y Clairfaict, sostenido por Beaulieu, no podía ser ya perseguido sin mucho riesgo.

¡Solemne fué el momento en que el ejército de la joven República abrazó de una sola mirada todo aquel inmenso campo de batalla que acababa de conquistar, y proclamó al mundo su primera victoria!

En este triunfo, es necesario decirlo, tuvo mucha parte el duque de Chartres. Los héroes de esa jornada fueron Thou-

venot, Dampierre, el duque de Chartres y Bautista Renard.

Pero, sobre todo, los verdaderos héroes fueron aquellos cuyos nombres no se pronunciaron siquiera; los voluntarios parisienses y los voluntarios de Lombardía; hombres que afrontando el fuego por la vez primera, dieron ejemplos dignos de fé, de patriotismo y de valor.

Físicamente hablando, ha habido triunfos más grandiosos que el de Jemmapes; pero no ha habido una mayor victoria moral.

Jemmapes es la puerta por la que han marchado nuestros soldados á la conquista del mundo, es el gérmen de todas las magníficas victorias de la república y del imperio.

CAPÍTULO XIV.

DUMOURIEZ había escrito á la convencion: “El 15 estaré en Bruselas y el 28 en Lieja.”

Esta vez no solo cumplió su palabra, hizo más, porque llegó á Bruselas el 14 y el 28 á Lieja.

En menos de un mes se conquistó toda la Bélgica, y el 8 de Diciembre entraron nuestras tropas en Aix-la-Chapelle.

Entre tanto se instruía el proceso del rey. Para cumplir la promesa que había hecho al rey de Prusia, de velar por

la vida de Luis XVI, Dumouriez apenas estableció su cuartel general en Lieja, partió con el duque de Chartres y el duque de Montpensier para Paris.

Al llegar el duque de Chartres, se encontró que en recompensa de su admirable comportamiento en las jornadas de Valmy y Jemmapes, se había proscrito á su hermana: un decreto de la Comuna de fecha 5 de Diciembre de 1792, prevenia á la princesa Adelaida salir de Paris en el término de veinticuatro horas y en el de tres días de la Francia. El duque de Chartres, para conducir á su hermana al destierro, volvió á tomar tristemente el mismo camino que había traído, lleno de la embriaguez de una doble victoria, y luego que dejó á su hermana en Toresnai, volvió á Paris.

Era de esperarse que la proscripción no cesara en este punto, y por lo mismo el duque de Orleans hizo imprimir la siguiente protesta:

“Paris 9 de Diciembre.

“Muchos diarios, dice, pretenden que tengo designios ambiciosos y contrarios á la libertad de mi país, y que trabajo en secreto para que dado el caso de que Luis XVI deje de existir, poner á mi hijo ó colocarme yo mismo á la cabeza del gobierno. No me tomaria el trabajo de combatir semejantes imputaciones si no fuera porque tienden á arrojar entre nosotros la division y la discordia, á crear nuevos partidos y á impedir que se establezca el sistema de igualdad que debe hacer la felicidad de los franceses y constituir la base de la República. Hé aquí mi profesion de fé; es la misma del año de 1791, en los últimos días de la asamblea constituyente. Ved lo que entonces dije en la tribuna. No creo, señores, que vuestras comisiones pretendan privar á ningun pariente del rey de la facultad de elegir entre la cualidad de ciudadano francés, y la expectativa del trono, ya sea próxima ó lejana. Concluyo, pues, pidién-

do que reprobeis pura y simplemente el artículo de vuestras comisiones. Pero en caso que lo adopteis, declaro que depositaré en la carpeta mi renuncia formal á los derechos de miembro de la dinastía reinante, para atenerme solo á los derechos de ciudadano francés. Mis hijos están prontos á probar con su sangre, que tienen los mismos sentimientos.”—Firmado.—L.—P. Joseph.”

Tal protesta no produjo ningun efecto en la asamblea. La posicion que guardaba en ella el duque de Orleans era tan falsa, que le era ya imposible sostenerse, pues que no podia continuar votando con la montaña, sino renegando de todo su pasado. Habia renegado de él; pero estaba íntimamente convencido, de que la montaña, con la que contaba para sostenerse en el momento en que lo atacara la Gironda, lo dejaria deslizarse por la pendiente escarpada y sangrienta que debía conducirle hasta el cadalso.

En efecto, en virtud de la proposicion de Thuriot, el 16 de Diciembre decretó la asamblea:

“Que cualquiera que pretendiese destruir la unidad de la República ó separar de ella algunas partes integrantes para unir las á un territorio extranjero, seria castigado con la muerte.”

El decreto fué dado con relacion á los girondinos acusados de realistas, á quienes se queria obligar á votar la muerte del rey.

Buzot se habia encargado de responder á este decreto, y respondió:

“Si el decreto propuesto por Thuriot debe restablecer la confianza, voy á proponer otro que no la restablecerá menos. La monarquía está derrocada; pero vive todavía en las costumbres y en los recuerdos de los antiguos favoritos. Imitemos á los romanos: ellos arrojaron á Tarquino y á su familia; como ellos, arrojemos á la familia de los Borbones: una parte de esta familia está entre cadenas; pero hay otra aun mas peligrosa todavía, porque es mas popular;

y esta familia es la de Orleans. El busto de Orleans ha sido paseado por las calles de Paris, sus hijos llenos de valor se distinguen en nuestros ejércitos, y el mérito mismo de esta familia la hace mas peligrosa para la libertad. Que haga, pues, su último sacrificio por la patria, desterrándose de su seno; que vaya á llevar á otra parte la desgracia de haber nacido cerca del trono, y la desgracia todavía mayor de llevar un nombre que nos es odioso, y que no puede menos de lastimar el oido de los hombres libres.”

¿Pedia Buzot como enemigo este decreto á la asamblea, ó como amigo daba al duque de Orleans el consejo de desterrarse? En uno y otro caso Felipe Igualdad, ya siguiendo el consejo, ya obedeciendo el decreto, salvaba su honor y su cabeza.

Tal era la opinion de madama de Genlis, y ella misma dice en sus Memorias, hablando con el duque de Chartres de este decreto revocado:

“Le hice comprender que la revocacion del decreto contra su familia, era una verdadera desgracia, porque era evidente que habiendo sido declarado este nombre sospechoso y perjudicial, no podria ser ya útil á la patria, y seria infaliblemente perseguido. Le dije que despues de todo lo que se habia dicho á la Convencion, nada seria mas noble y mas conveniente que el imponerse un destierro voluntario, y que tal vez en esto no haria mas que anticiparse á una proscripcion. Virtuoso por principios y por carácter, incapaz de la menor mira ambiciosa, M. de Chartres no creyó penoso el partido que le proponia. Si no pudiéramos ya ser útiles, me dijo, y si causáramos alguna sospecha, no vacilaríamos en espatriarnos.”

En efecto, este fué el consejo que dió el duque de Chartres á su padre. Madama de Genlis habia conseguido hacerle considerar como un favor aquel decreto de destierro. La posicion del duque de Orleans era terrible, y su hijo la comprendia bien: iba á encontrarse con todos los odios an-

tigos reunidos despues del combate de Ouessant, en frente del rey, del rey acusado, y acusado de un crimen que se castigaba con la muerte: no votando, se hacia sospechoso á los dos partidos, votando por la vida rompía con la montaña, y votando por la muerte se hacia odioso para todos.

El duque de Chartres le proponia embarcarse para América é ir á los Estados-Unidos, á esperar la vuelta de mejores dias.

La reprobacion de la proposicion de Buzot, despues del proceso del rey, fué una gran desgracia para el duque de Orleans: esta misma reprobacion le dió una arma contra las súplicas de su hijo; y el duque de Chartres salió de Paris y fué á reunirse con el ejército, lleno de desaliento y de desesperacion.

El genio protector de Igualdad lo abandonaba. Además, veamos lo que sucedia, veamos como Felipe Igualdad, impulsado siempre hácia adelante, no podia ya retroceder.

Era notoria la irresolucion; digamos mejor, la debilidad de carácter de Felipe Igualdad: Mirabeau habia caracterizado esta audaz debilidad por una frase de una obscenidad sublime.

Hacia mucho tiempo que Felipe Igualdad ocupaba una silla entre la montaña y que votaba con ella; pero á la altura á que habian llegado los negocios, no se conformaban los Jacobinos con las pruebas que habia dado, se exijia de él algo mas positivo todavía, en fin, se quería que el duque de Orléans figurara en el proceso del rey.

Muy lejos de exijirle que votara, y sobre todo que votara por la muerte, solo se le pedia una simple condescendencia á la formacion de causa; pero se le pedia imperiosamente; solo bajo esta condicion la montaña se comprometia á sostener al príncipe.

El primer arreglo, ó mas bien, la primera noticia la oyó de boca de Manuel.—Pero, exclamó el príncipe, es una *atroz*

tiranía exigir de mí semejante conducta, y *sucumbiré primero que ceder*.

—Bien, dijo Manuel, ya aguardaba esto de vos, continuad con esa firma resolucion, porque si haceis lo que os exigen, no solo os abandonarán vuestros amigos, sino que os veréis abandonado aun de aquellos mismos que os han exigido tal conducta, y uno ú otro día pereceréis miserablemente. Siguiendo el opuesto camino, tendréis de vuestra parte á todos los hombres de bien, y en particular, podéis contar conmigo y con mis amigos.

Una vez empeñada esta promesa, Manuel se separó del príncipe.

Manuel era un excelente hombre, que habia salvado en las terribles jornadas de Setiembre á todos cuantos habia podido salvar. Mas luego que salió, entraron los de la montaña, amenazándolo con unirse á Buzot, y aprobar su proposicion de destierro. El pobre duque de Orleans estaba muy apegado á la Francia, y sobre todo á las inmensas propiedades que allí tenia. La lucha fué larga, encarnizada; pero al fin cedió. Al ceder, el duque no creyó conceder mas que una simple aquiescencia á lo que se le pedia.— Despues de todo, decia á Camilo Desmoulin, si no puedo negarme á votar, al menos soy libre para dar mi voto á quien quiera.

¡Ah! el pobre príncipe no era ya libre para nada; un mal genio habia puesto sobre él una mano de hierro, como sobre Fausto, y era preciso que apurase hasta las heces la copa de su fatal destino.

¡Oh! exclamó Manuel, cuando supo el compromiso que habia contraido el príncipe; él no ha visto la trampa y ha caido en ella: hoy será juez, mañana verdugo, pasado mañana será víctima.

Manuel habia conocido la situacion, y habia podido apreciar todas las exigencias: no se habia permitido al duque ni aun la religion de juez; el voto debia ser público, y era pre-

cisó deshonrar al duque de Orleans por un voto infame, era preciso abrir un abismo entre la corona y él, y para que jamas pudiera colmarse este abismo, era preciso empezar por arrojar en él su honor.

El convencional Courtois, de cuyas memorias sacamos estos detalles, cuenta que mientras pasaban estos hechos, recibió una invitacion para ir al Palacio Real, y que eran las ocho de la noche cuando entró.

Encontró al duque en su gabinete particular, abandonado á una violenta agitacion: estaba levantado y se paseaba á pasos desiguales y rápidos.

Despues de un corto rato de conversacion indiferente, como quien hace un esfuerzo sobre sí mismo, y volviéndose hácia Courtois:

—Veamos, dijo, vos que sois sabio, moderado, enemigo de todo exceso, ¿qué papel haríais en el gran negocio que nos ocupa?

—Vuestra posicion, respondió Courtois, es enteramente escepcional, y no podria modelarse por la opinion de ninguno de nosotros.

—¡Oh! lo sé muy bien; pero no importa; poneos en mi lugar, y dadme una respuesta franca y precisa, os lo suplico.

—Pues bien, dijo Courtois, puesto que es imposible abstenerse ó recusarse, yo, en vuestro lugar, haria á lo menos cuanto estuviera de mi parte por salvar la vida del rey.

—Sí; murmuró el duque de Orleans; sí, este es el partido mas prudente, mas humano y mas político, y es tambien lo que yo queria hacer.

—Ademas, añadió Courtois, creedlo; muchos diputados apoyarán esta idea.

El príncipe asió convulsivamente las manos de Courtois.

—¿Estarán seguros de ellos mismos? exclamó. ¿Serán capaces de resistir á las influencias y á las amenazas? Mucho lo temo, darán de barato la vida del rey por salvar la suya.

En este momento se abrió la puerta, y se presentaron á la entrada del gabinete Danton y Camilo Desmoulins.

Danton hizo un movimiento cuando percibió á Courtois, y yendo hácia él:

—No esperaba encontrarte aquí, le dijo; pero te advierto que tus consejos y los de Manuel llegan muy tarde, si es que hoy se piensa en cumplir la palabra empeñada ayer.

—¿Y bien, dijo Danton dirijiéndose al príncipe, qué habeis resuelto?

—No me rehusaré, dijo el príncipe, aunque he cometido un error en haber contraído ese compromiso; pero en cuanto á votar con vosotros, jamas. Ya os he dicho mis razones, Courtois las sabe tambien: que el sea nuestro juez.

—¡Ah! ¡Ah! dijo Danton, parece que procedemos por excepciones como los abogados. Vamos, vamos, ciudadano Igualdad, y Danton se apoyó enérgicamente sobre esta palabra, lo que se ha convenido, jurado ayer, no es posible ponerlo en duda hoy.

A cosa juzgada no hay arbitrio.

—Tenemos vuestra palabra y contamos con ella.

Mientras pasaba esto, Camilo Desmoulins habia permanecido callado; pero entonces se acercó. Amaba mucho al príncipe, quien por su parte le dispensaba toda clase de consideraciones, y tartamudeando mas que nunca:

—No hay que desdecirse, votareis con nosotros, dijo, y este es el modo de evitar toda sospecha, toda prevencion que pueda haber sobre la sinceridad de las intenciones que ahora se calumnian. Y tomando una pluma, Camilo Desmoulins escribió.

“Únicamente poseido de mi deber, convencido de que todos cuantos han atentado ó atentaren en lo sucesivo á la soberanía del pueblo, merecen la muerte, pronunció la muerte de Luis.”

Danton tomó el papel de las manos de Camilo, le leyó con atencion; parecia pesar todos los términos; manifestó su

aprobacion por un movimiento de cabeza, y lo entregó al duque, que á pesar de su visible repugnancia, lo recibió con un signo de asentimiento. Esta repugnancia no se le escapó á Danton, quien encojiéndose de hombros, articuló muy claramente:

—Algunos idiotas podrán pensar, cuando el caso se presente, que esto os hace indigno del trono; pero á los ojos de los republicanos, que sacrifican sus convicciones, al contrario, no os creerán digno de él sino con esta condicion. No hablemos mas de *estas miserias*. Terribles acontecimientos están próximos: nos arrebatarán á todos tal vez; pero suceda lo que suceda, hagamos nuestro deber.

El duque de Orleans lanzó un suspiro y pidió algunos refrescos. Camilo Desmoulins, en medio del embarazo general, quiso decir algunas agudezas, que no hicieron sino hacer resaltar mas el embarazo general.

Se conocia la necesidad de separarse, y se separaron.

Al salir Danton, dijo á Courtois:

—Si yo no hubiera abreviado la cuestion sobre lo que se decidió, lo que se juró ayer; todo hubiera quedado en duda infaliblemente. A lo que mas temo en el mundo, son á los cobardes: si no se le sujeta, se nos escapará.

La cuestion habia interesado á Courtois, y se informó de lo que habia pasado la víspera en el Palacio Real. Habia ocurrido entre el duque de Orleans y los montañeses, una escena muy violenta. El duque de Orleans habia resistido largo tiempo; dos ó tres veces habia tomado la palabra, y una de éstas, habia exclamado: “¿Qué! ¿en revolucion, para merecer la vida, es preciso convertirse en verdugo de su rey y de sus deudos!” Pero Danton habia sostenido la lucha. Con su mirada ardiente, con su enérgica elocuencia, habia pintado al principio la perspectiva del destierro de toda su familia, la confiscacion de sus bienes, y el peligro que corria su propia vida. Entonces el duque se rindió, prometió todo, y para poder sustraerse al fatal compro-

miso que habia contraido la víspera, habia querido tomar por árbitro á Courtois, cuyas opiniones conocia de antemano.

CAPÍTULO XV.

Así fué como figuró Felipe Igualdad entre los jueces de Luis XVI, y dejó caer en la urna mortal el voto, que ni aun habia siquiera escrito, y que, como acabamos de ver, le habia sido dado por Camilo Desmoulins.

El 17 de Enero en la noche, Luis XVI fué condenado á muerte por la mayoría de cinco votos.

El 19 Buzot sube á la tribuna, pide que se sobresea el juicio, y añade:

“Tengo la íntima conviccion de que se quiere un rey en lugar del que ha caido; de que existe un partido que trabaja para elevar á otro. Comparad los acontecimientos de Inglaterra con los que ahora vemos, y conoceréis que ese partido no pide la muerte de Luis XVI sino para poner otro rey en su lugar.”

Así, pues, como puede convencerse, el duque de Orleans no habia ganado nada á pesar de la concesion que habia hecho, por terrible que fuese.

Luis XVI fué ejecutado el 21 de Enero de 1793.

Esta ejecucion acarreó el rompimiento de la Francia con la Europa entera, y aun con la misma Francia.

La Vandee que rujía sordamente, estalló. La Inglaterra despidió á nuestro embajador, nos enemistó con la Holanda, la Prusia, y con la España; y Luis XVIII, por una declaracion dada en Hamm, tomó el título de regente y nombró á su hermano, el conde de Artois, teniente general del reino.

Dumouriez estaba en Paris: si habia emprendido seriamente libertar al rey del cadalso, ó si teniendo proyectos para el porvenir sobre el duque de Chartres tenia interes en dejar obrar libremente la cuchilla de la guillotina, solo él, el duque de Orleans y Dios pudieron saberlo.

No por esto dejó de hacer su dimision despues del 21 de Enero; pero se conocia muy bien, que en la situacion en que se encontraba, la espada del vencedor de Valmy y de Jemmapes era necesaria á la República.

La dimision de Dumouriez no fué admitida: Dumouriez no insistió mas en ella; sin duda esta dimision lo relevaba á sus propios ojos de las promesas que habia hecho al rey de Prusia. Presentó muchos planes de campaña: uno de estos planes, que consistia en invadir rápidamente la Holanda, fué aprobado.

El 17 de Febrero, hizo la irrupcion en Holanda la vanguardia de Dumouriez.

Hé aquí cuál era el plan de la campaña.

Las tropas debian marchar sobre Berg-op-Zoom, de Berg-op-Zoom á Breda: llegando á Moerdick, atravesarian el Bielbos, brazo de mar de dos leguas que conducia á Dordreck, avanzarian por Rotterdam y la Haya, hasta Amsterdam.

Una vez ocupada la capital de la Holanda, quedaba conquistada.

Dumouriez tomó el mando en gefe de la espedicion: manifestó el plan general á Valence y á Miranda, sus dos ayudantes, les recomendó que avanzasen lo mas cerca posible de Nimigue, y puso á Thouvenot en observacion sobre el Meuse.